

honor descubrir. Fué sin embargo ahorcado, y al poco tiempo se supo que había declarado la verdad. Este hecho disminuyó el crédito que los Diez habían recobrado por el vigor que mostraron en las cuestiones con Roma (1).

Renier Zeno acusó al dux Juan Cornaro de que violaba la ley fundamental de 1473, dejando vestir el traje de cardenal á su hijo; y habiendo sido nombrado presidente del consejo de los Diez, le amonestó. Cornaro contestó: se empeñaron en la cuestion; y resultaron de aquí dos partidos llamados de los cornaristas y de los zenistas, representando los últimos á los hombres de dinero y á los ciudadanos deseosos de cortar los vuelos á la aristocracia por medio de la autoridad de los Diez. Se eligieron cinco correctores de las leyes para revisar las de la república, mostrando cuantos delitos se dejaban impunes, de suerte que se cometían mas homicidios en un año en el Veneto que en toda Italia. Las arbitrariedades usadas entónces por los Diez los deshonraron; tanto que en la eleccion de 1628 ninguno obtuvo votos suficientes, y el tribunal iba á quedar abolido. Pero el pueblo empezó á alarmarse, pues veía en él una salvaguardia contra las exorbitancias de los nobles; por otra parte, los mismos patricios lo sostuvieron, prefiriendo esto á verse confundidos con la plebe en los tribunales ordinarios; en consecuencia, fué reelegido aquel tribunal, si bien se le prohibió entrometerse en las leyes del gran consejo, amplificarlas ó restringirlas; tampoco se le confirió ya inspeccion sobre los magistrados, ni facultad de perdonar á bandidos; de este modo entró en la clase de dependiente.

Hemos hablado ántes (pág. 272) de una controversia ruidosa con el papa, en que Venecia, pareciendo representar las opiniones protestantes, se ponía en mayor oposicion con la católica España. Susurrábase que buscaba y concedía

(1) El consejo de los Diez enmendó en lo posible lo hecho con Antonio Foscarini, por medio del decreto de 16 de enero de 1622, que fué leído en el gran consejo; posteriormente se le puso en San Eustaquio la siguiente inscripcion:

ANTONIO FOSCARINO EQVITI BINIS LEGATIONIBUS
AD ANGLIE GALLIEQVE REGES FUNCTO, FALSOQVE
MAJESTATIS DAMNATO, CALUMNIA JVDICII DETECTA,
HONOR SEPVLCHRI ET FAME INNOCENTIA X VIRVM
DECRETQ RESTITVTA MDCXXII.

Marco Forcarini, reformador, en una arenga pronunciada en la correccion de 1761-62, decía: «Tengo por tradicion dorística la grata y tierna memoria de aquel día 16 de enero de 1622, en que se declaró solemnemente en el gran consejo, y pasó nota á todas las córtes, comunicándoles la trágica aventura acaecida por la noche á un ciudadano, que había desempeñado las primeras dignidades de la patria. Entónces fué cuando mi pobre casa recibió las visitas de infinitos nobles que acudieron á manifestar sentimientos mezclados de lágrimas y consuelos, etc.»

Sería menester poner en 1503 la segunda causa contra Fornaretto, pero parece fabuloso. Yendo este cierta mañana á llevar el pan á las casas, halló la vaina de un puñal, y se la metió en el bolsillo. La ronda, que había sacado del canal un muerto, arrestó á Fornaretto, y le halló encima aquella vaina, que correspondía al puñal que tenía en el corazon el hombre asesinado. Era esto suficiente para formarle sumaria; la cuestion debió hacer lo demas.

su apoyo á los Católicos, que andaba en tratos con Holanda, y que enviaba dinero y municiones á los reformados en la guerra de los Treinta Años; por lo cual decia el embajador español: *Aut Roma, aut Carthago delenda est.*

Se llamaban uscocos, que en el idioma ilírico significa fugitivos (1), los rayas que, sustrayéndose del poder de los Turcos, de la Croacia, de la Albania y de la Dalmacia, se habían refugiado en las costas mas inaccesibles. Muchos que acogió un señor húngaro de Clissa, fortaleza que domina á Spalatro, hacian desde allí incursiones contra los Otomanos, hasta que se les arrojó de aquella guarida. Segna (Zengh) situada dentro del Golfo de Quarnero, entre escollos inaccesibles á los buques de alto bordo, era pretendida por los Húngaros, y amenazada por los Turcos: creyó, pues, el emperador excelente medio para conservar aquella plaza instalar en ella á los uscocos. No podian vivir allí sino como corsarios; hiciéronse muy hábiles en navegar entre aquellos islotes y bancos de arena; y no contentos con apresar los bajeles turcos, pronto persiguieron también á los cristianos. Aumentándose su número con todos los Italianos y Austriacos que deseaban ejercer su valor ó continuar sus desafueros, saquearon las ciudades de la Dalmacia, y burlaban la persecucion de los buques armados para destruirlos. Los Turcos dirigian amenazadoras quejas á Venecia, y Venecia lo hacia al emperador, que mandaba ahorcar á alguno de cuando en cuando; pero los uscocos sabian proporcionarse la impunidad enviando regalos á Viena. Añádase á esto, que al emperador no le agradaba hacia mucho tiempo la arrogancia de los Venecianos, que pretendian convertir el Adriático en propiedad suya, y reservarse los transportes con exclusion de todos los demas, miéntras él sostenía que aquel mar debía ser libre para todos los que habitaban en sus costas.

Cansada la Puerta de quejarse en vano, declaró la guerra al Austria que se dejó ayudar por aquellos foragidos, y que, protegiéndolos abiertamente, aumentó la audacia de sus devastaciones. La guerra se empeñó de una manera atroz, y hubo bárbaras rivalidades de suplicios, encontrándose cada persona reducida á defenderse y hacerse justicia á sí misma. Venecia, que carecia ya de seguridad en la navegacion, viéndose atacada por la Puerta, entró en el Friul austriaco, sitió á Gradisca, destruyó en la costa algunas aldeas, guardadas de piratas, y se unió á los Provincias Unidas y al duque de Monferrato. Entónces Don Pedro de Toledo, gobernador del Milanesado, ocupó á Vercelli; el duque de Osuna adelantó sus galeras por el Adriático, y glorioso con haberse apoderado de algunos buques venecianos, tomó por divisa el caballo con estas palabras: *Victorioso en el mar y en la tierra.* La paz de Paris concluyó las hostilidades me-

(1) *Uscocok*, propiamente quiere decir el que ha saltado dentro, esto es, el que ha penetrado en el campo de asilo; el desterrado que ha encontrado una patria.

dante la restitucion de las ciudades cogidas al Austria, que reprimió entónces á los uscocos. Hubiera debido restituir también las presas hechas y pagar una fuerte indemnizacion; pero de día en día dilataba la devolucion, quejándose de que Don Pedro de Toledo y el duque de Osuna se negaban á entregar á Vercelli y las galeras capturadas, y á licenciar sus tropas.

De improviso el consejo de los Diez mandó prender y dar muerte á algunos extranjeros. El pueblo, ignorando el motivo de tal determinacion, en la oscuridad de aquellos misteriosos procedimientos, repitió que se había preso y muerto á centenares de personas; que se había descubierto una conjuracion, cuyo objeto era pegar fuego á Venecia y destruir la república; que muchos nobles estaban complicados en ella, y como Alfonso de la Cueva, marques de Bedmar y embajador de España, salió en aquellos dias de la ciudad, se presumió sería el autor de la trama. Conjeturas dudosas, tanto mas cuanto que continuaron con España las relaciones de amistad, y el gobierno no publicó ningun dato, limitándose á mandar que se tributase gracias á Dios por la salvacion de la república.

Los historiadores adoptaron relaciones puramente imaginarias, especialmente el abate de Saint-Real, escritor tan agradable como infiel, que compuso una pequeña novela, cual fué la suposicion de que el duque de Osuna había tramado aniquilar á Venecia, incendiarla, degollar al dux y á los senadores, y ocupar la tierra firme. Para esto, segun él, estaba en relaciones con muchos Franceses, con Don Pedro de Toledo, con Bedmar, hallándose todo á punto de estallar cuando la casualidad ó la traicion lo puso de manifiesto. No ha sido posible á los criticos sucesivos ilustrar positivamente los hechos, atendido el secreto de que se rodeaba aquella república; sin embargo, parece indudable que se fraguaba una conspiracion por algunos soldados mercenarios, licenciados en Francia al concluirse las guerras civiles, y que habían entrado al servicio de Venecia; principalmente por un tal Jacobo Pierre, natural de Normandía, hombre de accion y corsario en extremo práctico, el cual, para adquirir partidarios, prometió el apoyo de la España; el proyecto, no obstante, fué descubierto en su origen, y castigado con la muerte de un corto número de personas (1).

Pero ¿encontrábase la España complicada realmente en aquel asunto? Repetiremos que los gobiernos de entónces oían y ayudaban á todo el que trataba de perjudicar á sus enemi-

(1) Tal es la idea que se forma leyendo á RANKE, *Über die Verschwörung gegen Venedig im Jahr 1618*. Berlin, 1832. Refuta de una manera invencible á Dara, el cual supone, por el contrario, que Venecia estaba de acuerdo con el duque de Osuna, cuya intencion era ceñirse la corona de rey; pero que siendo descubiertos sus designios, había degollado tanto á los engañados como á los engañadores, y sepultado en los canales á centenares los testigos de su deslealtad. — Botta dice: «Mas de quinientas personas fueron ejecutadas; inmensa carnicería, digna de una inmensa traicion.» Así se expresa quien, por otra parte es panegirista perpétuo de Venecia! — Véase la aclaracion M.

gos, y parece probado que no era simple jactancia de los conjurados el apoyo con que contaban por parte de aquella nacion. Hemos visto al duque de Osuna buscar todos los medios de causar daño á Venecia, y usar de fugios para eludir la paz; dando mas bien á entender que queria arruinar pronto aquella república; pero no nos atrevemos á asegurar que fuese de la manera que se ha supuesto (1).

CAPÍTULO XXXIII

La Saboya. — La Valtellina. — Génova. — Sucesion de Mantua.

Miéntas que el resto de Italia declinaba cada día mas, se formaba al pié de los Alpes un Estado destinado á impedir que el nombre italiano pereciese. La Saboya, limitrofe de Francia y parecida á ella por su organizacion civil y política, sentía que le iba faltando parte de la independencia necesaria á un país que tiene vida propia, y aspiraba á obtenerla. El ducado de Saboya, el principado del Piamonte, la soberanía del marquesado de Saluzo, de Ginebra y del país de Vaud, Bresse, Bugey, el país de Gex y el marquesado de Monferrato constituían la herencia de los descendientes de Humberto, el de las blancas manos. Colocados aquellos príncipes en medio de grandes potencias y con un territorio fraccionado, tuvieron que dedicarse á redondearlo con actividad incesante y aumentando sus fuerzas militares, que guiaban en persona. Mostrábanse respetuosos para con el emperador de Alemania, á fin de obtener privilegios cuando se viesen obligados por la necesidad; y las rivalidades de los diferentes Estados limitrofes eran para ellos ocasion de alianza ó de pequeñas guerras, emprendidas siempre en provecho de su engrandecimiento, al cual cooperaban también los vínculos de parentesco que contraían oportunamente.

Cuando Amadeo VIII, que fué el primero que obtuvo el título de duque (1416) y fijó la sucesion por orden de primogenitura, de modo que sus

(1) En la correspondencia de los agentes del duque de Urbino en Nápoles, publicada en el *Archivo storico*, t. IX, pág. 229, se lee con fecha 14 de abril de 1617: «En atencion á que las cosas que están pasando pertenecen mas ó menos á V. A. S., si bien es peligroso escribir acerca de ellas, no debo guardar silencio. Se armaron aquí ocho barcos, entre galeones y bergantines, sin saberse el objeto; pero luego se ha sabido por el mismo duque de Osuna que había sido para enviarlos al golfo contra los Venecianos. Con un idéntico se acaban de armar otros cuatro, y S. E. ha tomado prestada á la ciudad la artillería que se conservaba en San Lorenzo. Habiéndose quejado el papa de semejante armamento, se dice que S. E. le ha escrito que los Venecianos merecen esto por sus muchas culpas, con otras palabras. Se están fabricando diez barcas largas y chatas para entregarlas á los uscocos, los cuales prometen apoderarse de Venecia é incendiar su arsenal. Se ha concedido á los mismos uscocos por edicto público el que puedan hacer escala en todos los puertos y ciudades marítimas de este reino; de modo que no faltarán desastres en los mares.» Una carta de Dolisti al duque de Toscana, con fecha 8 de enero de 1618, refiere que Osuna, hallándose á la mesa con muchos barones, se jactó de que *había entrado en su deber* á los Venecianos.

Estados no volviesen á dividirse, se retiró á Ripaglia, le sucedió en el gobierno su hijo Luis. Licencioso al principio, luego obeso é indolente, se vió por último obligado á recurrir á la onerosa y deshonrosa proteccion de Luis XI. El beato Amadeo IX, que le sucedió en 1465, entregado á la devocion, dejó á otros los cuidados terrestres, y recomendó al morir que se observase la justicia. Yolanda de Francia, que gobernaba ya en vida suya, dominó como tutora de Filiberto I (1472) á despecho de sus cuñados. El edicto de Moncalieri (1475) cambió el derecho feudal de Saboya, declarando inalienables los feudos. La muerte de Yolanda fué seguida de la de su hijo (1482): Carlos I bajó al sepulcro á la edad de veintiun años (1489): Carlos II se mató cayéndose de su cuna (1496). Apenas permaneció diez y ocho meses á la cabeza del ducado su tío Felipe II Sin Tierra (1497); sucedióle Filiberto II, apellidado el Hermoso, que se señaló en las guerras de Italia contra los Franceses. Despues de él, su hermano Carlos III, llamado el Bueno (1504), reinó cincuenta años con poca fortuna, pues Berna le quitó el Chablais, el país de Vaud, Ginebra y Gex, y Franoisco I de Francia sus demas posesiones, porque se habia mostrado favorable á Carlos V, que le abandonó en la paz de Crespi (1544), y que por envidia de su engrandecimiento habia permitido que en 1533 Federico II, duque de Mantua, adquiriese en herencia el Monferrato.

Restableció su fortuna Manuel Filiberto, Cabeza de hierro, guerrero immortalizado por la victoria de San Quintin, despues de la cual hubiera podido tomar á Paris á haber sido ménos tímido Felipe II. La paz de Cateau-Cambrésis (1559) le devolvió sus antiguos Estados, excepto el marquesado de Saluzo; en la paz de Lausana (1561) cedió á Berna el país de Vaud en cambio de cuanto él habia ocupado al Mediodía del lago y del Rhin. De este modo Ginebra, que con la Reforma se habia sustraído de la supremacia de Saboya, se encontraba de nuevo expuesta á obedecer el capricho de Manuel Filiberto, que se ligó contra ella con Francia; pero Berna y Soleura trataron con Enrique III á fin de asegurar su independendencia.

Desde aquella época la Saboya compartió el destino de Italia. Conociendo que un país que debe constituirse necesita armas, fortificó á Susa, Mondovi, Turin, Vercelli, Borgo en Bresse y Monmeliano; instituyó milicias que proporcionaba cada Comun, las cuales eran ejercitadas en tiempos determinados y halagadas por medio de privilegios; los feudatarios tenian la obligacion de suministrar caballos. De esta manera puso sobre las armas treinta mil hombres, excluyendo enteramente á los soldados extranjeros. Situó una escuadrilla en Villafranca; restauró en 1572 la órden de San Mauricio y San Lázaro, instituida por Amadeo VIII, con el compromiso de mantener tres galeras contra los Turcos, y reservó para sí y sus sucesores el título de gran maestro. Robustecido así su gobierno, pudo interve-

nir en todas las cuestiones que á la sazón se agitaban; Francia necesitó de él en las guerras religiosas, y España para la defensa del Milanesado.

Pero en lo interior hallaba el país despoblado, pues contaba apenas ciento cincuenta mil hombres al otro lado de los Alpes, y estos, si se exceptúa á los habitantes de Niza, eran pobres é inertes: todo se volvia odios entre Güelfos y Gibelinos (1), Saboyanos y Piamonteses, nobles y plebeyos, protestantes y Católicos. Concluir las diferencias hubiera sido imposible; pero Manuel Filiberto dictó medidas superiores á semejantes divisiones. Tenia que gobernar un país acostumbrado á la forma monárquica, y en el que se recibia con gozo á un príncipe nacional despues de la cruel dominacion extranjera, mucho mas olvidando, como olvidó, los motivos de venganza; así los pueblos, al principio inclinados á Francia, aprendieron á estimar á aquel que los libertaba del yugo extranjero. Abolió las asambleas de los Estados Generales, como estorbo de la monarquía que creó; fundó en Carignan un Senado segun el modelo de los parlamentos de Francia, y continuó las obras emprendidas por Brisac en beneficio del comercio y la agricultura. Estableció la universidad de Mondovi, y eligió por su secretario á Anibal Caro. Un dicho profundo salió de la boca de aquel príncipe: « El que recibe la injuria, muchas veces la perdona; el que la hace, nunca. »

Así preparó el reinado de Carlos Manuel I, á quien se dió con justicia el título de Grande. Aunque estaba casado con Catalina, hija de Felipe II, formó alianza con Enrique IV, y obtuvo de este en cambio de Bugey, Valromej, Gex y las orillas del Ródano desde Ginebra á Lyon, á Saluzo (1601) que, al extinguirse la familia dominante, habia sido tomado por la Francia como llave de Italia. Dotado de cuerpo débil y de corazon grande, fundó hospitales é iglesias, al mismo tiempo que fortalezas y galerías; instruido en las letras y las ciencias, las protegia, y él mismo escribió los *Paralelos* entre los hombres ilustres antiguos y modernos, el *Grande Herald*, compilacion de escudos de armas, é hizo extender el *Iconocoso* ó historia del mundo. Alejandro Tassoni, que halló en él buena acogida, refiere que « comia rodeado de cincuenta ó sesenta obispos, caballeros, matemáticos, médicos y literatos, con los cuales hablaba sobre diferentes materias, segun la profesion de cada uno, mostrando prontitud y viveza admi-

(1) Baldu, embajador veneciano, escribia lo siguiente en 1561: « Existen muchas causas de alteraciones y divisiones entre los súbditos de su alteza; por ejemplo, las antiguas parcialidades güelfa y gibelina que aun reinan en algunos puntos. De una de ellas es jefe el señor de Raccogni, esto es, de la güelfa; de la gibelina el señor de Masino: puede decirse que de ambos personajes dependen casi todos los nobles del Piamonte. Digo que reinan aun estas facciones, porque, ademas de los informes que he recibido, me he encontrado á la entrada de su alteza en Mondovi, donde estuvieron próximos á hacerse pedazos dos mil hombres por esta causa. » Véase tambien la hermosísima relacion del embajador veneciano Juan Francisco Morosini en 1570.

table de ingenio; pues, ya se tratase de historia, ya de poesía, de medicina, de astronomía, de alquimia, de guerra ó de cualquiera otra profesion, discurria siempre con mucha sensatez y en varios idiomas. » Unia á un gran valor una política muy hábil; sabia los manejos secretos de todos los gabinetes, mientras era frase corriente la de que su corazon estaba lleno de abismos como el suelo de su país. Se presentó al gobernador Córdoba con la expresiva divisa de una casaca que, de cualquier lado que se la pusiese, le estaba bien.

Revolviendo en su mente proyectos muy superiores á sus medios, y en razon de los muchos partidarios con que contaba, trató primeramente de ser elegido rey de Francia á la muerte de Enrique III; luego de casarse con la viuda de Enrique IV para disponer de aquel reino á su arbitrio; mas adelante tomó el título de rey de Chipre, á pesar de la oposicion de los Venecianos y no obstante hallarse la isla hacia mucho tiempo en poder de los Turcos. Entraba en los designios de Enrique IV reunir en un solo reino la Saboya y la Lombardia, con objeto de encargar á un poderoso Estado la custodia de los Alpes. Así, cuando aquel gran rival del Austria cayó bajo el cuchillo de Ravallac, el duque de Saboya, que habia aspirado á ceñirse la corona de hierro, se vió obligado á pedir perdon á España, la cual, persistiendo en su odio, trató de destruirle, para sustituir en su lugar á su hijo.

Carlos, que no cesaba de sentir la pérdida de Ginebra, dirigió contra ella un golpe audaz, intentando escalarla; y ya habian penetrado en la plaza doscientos de los suyos, cuando se les descubrió y dió muerte. Tal fué el último ensayo de conquistas transalpinas: los duques reconocieron que debian buscar su grandeza en Italia, y que quedaria asegurada cuando tuviese un pié en el mar; así, pues, Carlos fijó la vista en Génova, aguardando lugar y tiempo favorables.

En aquel intermedio, la Valtellina habia sido causa de nuevas agitaciones en Italia. Ya hemos visto (pág. 278) cómo sus habitantes, sometidos á los Grisonos que profesaban el protestantismo, y sintiéndose ofendidos en su religion, se sublevaron y degollaron á sus opresores, resultando de aquí la guerra. Situado este país entre Lombardia y el Tirolo por una parte, y entre los Grisonos y los Venecianos por la otra, excitaba el apetito y la envidia de todos sus vecinos; pronto se convirtió, pues, en « la Elena de una nueva Iliada. » El gobernador de Milan, que probablemente la habia incitado á sublevarse, la ayudaba entonces, pero de una manera tan débil que no impidió á los Grisonos recobrarla; tanto mas cuanto que, divididos estos últimos entre dos partidos extranjeros, la faccion española habia prevailecido. Hasta sucedia que los Españoles, de acuerdo con los imperiales, habian invadido tambien el país de los Grisonos para afirmar allí su triunfo; sin embargo, los vencidos no

tardaron en reponerse y arrojar de su territorio á los Austríacos, que consiguieron salvar las vidas. Estos volvieron á la carga, y si hubiesen podido instalarse en la Retia, la Italia estaba perdida. Pero Venecia hizo conocer á Francia el peligro que habria en dejar la Valtellina á los Austríacos, que uniendo de este modo sus posesiones de Alemania con las de Italia, tendrian siempre el paso libre á la Península. Saboya y el papa repetian lo propio; en su consecuencia el rey cristianísimo empezó á reclamar contra la ocupacion de los Españoles, y no siendo atendido, envió al marques de Cœuvres al país de los Grisonos y á la Valtellina; quedando esta, como tambien las orillas del lago de Como, ensangrentadas con encarnizados combates.

Para distraer los ejércitos españoles, aconsejaba Carlos Manuel á Francia invadir el Milanesado por el Piamonte, y devolviendo injusticia por injusticia, ocupar el Genovesado y dividirlo con él.

Despues de la conjuracion de Juan Luis Fiesco (pág. 98), la ley de Garibetto habia coartado en Génova la facultad de aumentar con individuos de la plebe las casas de la nobleza (*Casati*), que recibian el nombre de *Alberghi*; pero no consiguió destruir el rencor existente entre los antiguos nobles y los ciudadanos ennoblecidos. Los primeros, llamados *del pórtico de San Lucas*, estaban unidos entre sí por el préstamo hecho á España, á la cual en tal concepto se inclinaban; al paso que los segundos, *ó del pórtico de San Pedro*, preferian á Francia, querian que no se limitase la agregacion de gente nueva á las casas de la nobleza, y ayudaban á los rebeldes de Córcega.

Felipe II habia favorecido á los Genoveses, esperando siempre consolidar su dominio en Italia con la adquisicion de la Liguria. Alentábale el duque de Toscana, creyendo obtener parte de ella; y Don Juan de Austria, que mandaba la escuadra española, se lisonjeó de que podria apoderarse de la ciudad con el auxilio de los antiguos nobles, y quizá constituir para sí un principado. Pero la nueva nobleza sublevó al pueblo; el papa se mostró dispuesto á gastar un millon de oro con tal de impedir aquella conspiracion; de consiguiente, los antiguos nobles fueron expulsados; y aunque estaban resueltos á volver, aun á costa de la libertad de la patria, no encontraron por parte de España los recursos que esperaban. Gregorio XIII, que se unió al emperador para restablecer la paz, hizo reformar el estatuto y llamar á los desterrados. Aboliéronse los nombres de los pórticos de San Pedro y San Lucas, quedando solo subsistente el de nobles, comun á todos los que participaban del gobierno, y debiendo estos recobrar sus nombres particulares y renunciar á los de los *Alberghi*. En fin, el gobierno se reorganizó, componiéndose de un colegio de doce gobernadores y otro de ocho procuradores, un gran consejo de cuatrocientos individuos y otro pequeño de ciento, tomados del primero.

Bartolomé Coronato, que durante los últimos trastornos había ejercido la tiranía, aspiró entonces á ella por medio de las conjuraciones, y fué condenado á pena capital.

Ademas de una cincuentena de tierras de la ribera, que habían permanecido en clase de feudos imperiales inmediatos y se llamaban las Langhe, la casa del Carreto había conservado á Finale, que era también feudo del imperio; pero como de esta posesion se originaban continuas disputas con Génova, decidió venderlo á España, que lo reunió al ducado de Milan (1390); Génova lo compró de nuevo al emperador, pagando por él 1.200.000 monedas de á cinco libras genovesas; pero con aumentar sus pequeños feudos, lo que conseguía era prepararse motivos de guerras. El duque de Saboya había comprado á Escipion del Carreto el marquesado de Zuccarello (1568), feudo que se disputaban Génova y el emperador; mas habiendo este anulado la venta y confiscado el feudo, Génova se lo compró. Carlos Manuel I, irritado, pidió auxilio á Francia, y concertó con el condestable Lesdiguières la conquista y reparto del Milanesado, el Monferrato y la Córcega. ademas del Genovesado, del cual pertenecerian á Francia la ciudad y la costa de Levante, como paso al Milanesado y á la Toscana, y á la Saboya la costa de Poniente. Los armamentos revelaron aquel tratado secreto; Génova, en el instante del peligro, recurrió á España, se fortificó lo mejor que pudo, y consiguió convertir en humo la tentativa; mientras que Francia, sin dar parte al duque, á Venecia, ni al papa, concluyó con España la paz de Monzon (1), por la cual la Valtellina era restituida á los Grisones, mediante ciertos pactos, y quedando á salvo la religion católica: las diferencias entre Saboya y Génova se sometian á la decision de árbitros.

Carlos Manuel no pudo ménos de irritarse, y mientras el abate Alejandro Scaglia, su ministro, se mezclaba en todas las intrigas de Richelieu, él reanimó en Génova las facciones de los antiguos nobles y de los nuevos, y no vacilando en conspirar con gente de mala nota, incitó á Julio César Vachero, hombre sanguinario, enriquecido con tráficos ilegales y con el juego de dados, á intentar una revolucion. Segun los términos del estatuto de 1576, debian entrar todos los años diez plebeyos en la clase de los nobles; pero eligiendo el Senado á celibatos, á ancianos ó á personas pobres, eludía la concesion. Va-

(1) El mariscal de Crequi escribia á Luis XIII:

« Le duc de Savoie accuse monsieur le connétable de n'avoir pas voulu laisser prendre la ville de Gènes, parce qu'il entretenait des intelligences secrètes avec les principaux magistrats. Je ne dissimulerai point à Votre Majesté que nous pouvions prendre Gènes, mais on n'a pas cru que le service de Votre Majesté le permett. Monsieur le duc de Savoie se serait mis en possession de la ville, et aurait voulu la garder pour lui. Si Votre Majesté veut entreprendre une guerre avantageuse en Italie, envoyez-y, Sire, sans la conduite d'un de vos bons généraux, une armée nombreuse et supérieure à celle de Savoie, de manière que vous puissiez faire la loi à monsieur le duc, et qu'il ne prétende pas dis-poser de tout à sa fantaisie. »

chero, que á pesar de su notoria infamia, era de los que mas gritaban y de los mas asiduos en los círculos de la plaza de los Bancos, donde se hacía la oposicion á todos los actos del consejo y á cada sentencia de los tribunales (1), no podía sufrir el verse sometido á aquellos patrios á quienes creía exceder en mérito; por lo tanto distribuyó dinero y organizó una conjuración, cuyo objeto era atacar con los polcerascos al Senado, asesinar á los ciudadanos inscritos en el libro de Oro, devolver al pueblo la libertad, las magistraturas y los honores, hacerse él mismo elegir dux y reformar la constitucion. Pero habiendo sido descubierta la trama por una traicion, fué preso y ahorcado, no obstante la proteccion del duque de Saboya, que, arrojando la máscara, llegó hasta amenazar á los Genoveses con usar de represalias.

Por entonces tuvo que contentarse el duque con desear á Génova, la cual al fin conservó á Zuccarello, pagándole 160.000 escudos de oro. Durante la larga paz que siguió, fué rodeada de un cuarto recinto de murallas que, comprendiendo un espacio de ocho millas, se extiende desde el Faro hasta el valle de Bisagno, y llegó á coronar la cresta de los montes. Trató de sujetar á los corsarios que infestaban sus costas; disminuyó el poder de la Inquisicion, y así como llevaba las reliquias de San Juan Bautista á la plaza para serenar las tempestades, se esforzaba en mantenerse en paz con las potencias que fomentaban sus facciones intestinas para humillarla y perderla; y ademas hacia lo posible á fin de permanecer neutral en medio de las pretensiones y guerras de Francia, España y el imperio.

La Córcega repetía: *Antes los Turcos que los Genoveses*; y habiéndose puesto Pedro de Ornano á la cabeza de los rebeldes, recorrió toda la Europa en busca de socorros; hasta trató con Soliman y con los piratas argelinos; pero Génova le hizo asesinar, y la isla volvió á tascar el freno.

Tenemos que referir ahora nuevos desastres. Los Gonzagas, señores de Mantua y de Guastalla (2) habían adquirido, peleando con valor

(1) Della Torre, narrador contemporáneo de la conjuración, dice: « No pocas veces atendió mas al Senado en sus deliberaciones, á lo que sentiría y diría la plaza de las Blancas, que á lo que requerian los principios de buena administracion; y temeroso el senador de que le faltara el aura favorable que le condujese á aquella dignidad, perdía la libertad de hablar, y dilataba la resolucion de la cuestion pendiente. »

(2) Guastalla, cuyo nombre significa caballeriza de las guardias (*Ward Stall*), fué construida por los Lombardos en el Crostolo, y después de una tempestuosa libertad. Luis Visconti la adquirió para el Milanesado, y Juan María la dió en feudo á Guido Torello en 1406. Felipe María le añadió el castillo de Montecchiarugolo en el Parmesano cerca del Enz, donde dominó una rama de los Torellos, dependiendo de los Farnesios, hasta que en 1612 fué mandado al cadalso por el duque de Parma el conde Pio. De Salinquerra, hermano del duque, derivaron los Torellos de Francia y los Ciolek Poniatowski, á los cuales pertenecía el último rey de Polonia. La rama mayor, soberana de Guastalla, concluyó en 1522 con el conde Aquiles; y Luisa Torello, que sobrevivió, vendió el condado, que le estaban disputando los parientes, á Fernando, hijo segundo de Francisco II Gonzaga de Mantua (1539), que entonces era

en los ejércitos imperiales el poder de tiranizar á sus súbditos, y que Carlos V erigiese el país en ducado (1530), al cual reunió el Monferrato (1533), para quitarlo á la temida casa de Saboya. La heredera de los Paleólogos, marqueses de Monferrato, se había casado con Federico II de Gonzaga, y un hijo segundo, descendiente de este matrimonio, había llegado á ser por su union con Enriqueta de Cléveris el tronco de la rama Gonzaga de Nevers y Rethel en Francia.

Francisco IV de Mantua, esposo de Margarita de Saboya, hijo de Carlos Manuel, murió sin dejar mas que una hija, de edad de trece años, llamada María. El cardenal Fernando, su tío, se hizo cargo de la tutela, y después hasta del título de duque de Mantua y de Monferrato. Pero Carlos Manuel alegaba antiguos derechos de su casa al Monferrato, ademas de pretenderlo como feudo femenino, perteneciente á su nieta, con un enorme aumento por vía de dote y compensacion. El hecho es que ambicionaba la posesion de aquella fértil provincia, señora del Pó, y á dos pasos de Turin; mas los Españoles se la disputaban con igual ardor por estar próxima á Milan y ser peligrosa en manos de semejante guerrero á causa de la ciudadela de Casale. Aunque todos los hombres prudentes aconsejaron á Carlos no intentase una empresa que debía trastornar toda la Italia é irritar contra él á la Francia y á la España, se obstinó en ello; sin consideracion á los demas, ni temor por sí, amenazaba, proclamando en alta voz su intencion de asegurar la libertad de Italia, cuyo único sosten en adelante era él (1); y no habiendo valido de nada las negociaciones con España, é intimándole el duque de Lerma obedecer, invadió el Monferrato.

Entonces España hizo que el gobernador de Milan atacase el Piamonte; Toscana y Francia se declararon en favor del cardenal Fernando, y en vano se esforzaron Venecia y el papa en triunfar de la tenaz resolucion de Carlos Manuel. Su hijo Filiberto, como almirante de España, desembarcó tropas destinadas á mar-

virey de Sicilia; y después de haber fundado *Angeli* y los señorios de *Guastalla* en Milan, se dedicó allí á la vida devota. Fué el sobredicho Fernando un célebre capitán, y contribuyó á la victoria de San Quintin. Su sobrino, Fernando II, hizo erigir el condado de Guastalla en ducado por el emperador Fernando II, el 2 de julio de 1621. Cuando se extinguió la raza principal, pretendió todo el ducado de Mantua, pero en la paz de Cherasco solo consiguió con seis mil escudos de renta las tierras de Dossolo, Luzzara, Suzzara y Reggiolo. Fernando III (1678) tuvo solamente dos hijas, una de las cuales se casó con Vicente Gonzaga, duque de Meli y Orzano, el cual tuvo aquella herencia, y aun aspiró á todo el Mantuano; pero cuando el emperador lo hubo logrado para su casa, el duque de Guastalla no dejó más que los principados de Bozzolo y Sabionetta, con las heredades de Ostiano y Pomponesco, que fueron algún tiempo el infantazgo de la raza concluida. Dejó Vicente (1714) dos hijos, que le sucedieron; Antonio Fernando (1729), y José María (1745), con los cuales se concluyó la raza.

(1) « Toda Italia, así en escritos como en discursos, se había desatado en encomios y panegíricos al nombre de Carlos, y en afectos de júbilo y aplausos por haber hecho renacer en su persona el antigua valor latino, augurándole la gloria de llegar á ser un día el redentor de la libertad de Italia y el restaurador de su grandeza. » SIRI, *Mem. roc.* III, p. 367.

char contra su padre; sus parientes de la casa de Nemours tomaron las armas contra él, pues la España era hábil para herir en el corazon; pero Carlos, no ménos intrépido que obstinado, lisonjeó á los unos haciendo resonar en sus oídos el gran nombre de Italia; indispuso á los demas ayudado de la envidia y de la avaricia; movió medio mundo, y concluyó por atraer á los Franceses á su partido.

Acaecia esto en la época de la guerra de los uscosos; reunidos la España y el emperador contra Venecia y la Saboya, parecian decididos á destruir enteramente la Italia, mientras que á instigacion del Austria, las galeras del duque de Osuna y los corsarios istriotas se disponian á infestar las costas de Niza y las del Adriático. Fuele, pues, posible al astuto ministro Scaglia obtener de Venecia, no ostensibles socorros, pero sí subsidios; Francia ayudó por envidia, y las famosas espadas de Lesdiguières y de Carlos no dejaron que España recuperase su honor comprometido. Sin embargo, Fernando tuvo á Mantua y el Monferrato por el tratado de Pavia; y aunque Carlos Manuel no adquirió nada, se aumentó su fama guerrera, pues había sostenido con escasas fuerzas un terrible choque, tanto que los Bohemos pensaron elegirle por su rey.

Á Fernando de Mantua sucedió Vicente II, el cual murió sin hijos. Entonces Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, se presentó para entrar en posesion de los dominios que habían pertenecido á sus colaterales, y robusteció sus derechos casándose con María, único individuo que existia, como ya hemos dicho, de la extinguida rama. Pero Carlos Manuel volvió á alegar sus pretensiones y se entendió con los Españoles, que si bien habían garantizado su sucesion al duque de Nevers, no sufrían que un Frances adquiriese dos países, de poca extension, pero muy importantes por su posicion militar. Los dividieron, pues, entre sí de antemano; y los Españoles atacaron á Casale, que debía pertenecerles con otras partes del territorio. El emperador invocó á su vez sus derechos de alta soberanía, y pretendió que el duque de Nevers se sujetase á él en la apreciacion de sus títulos; pero este, en lugar de suscribir á ello, trató de poner en buen estado de defensa á Mantua y Casale. Gonzalo de Córdoba, gobernador de Milan, consumió fuerzas, tiempo y reputacion contra la inexpugnable Casale, mientras que Carlos Manuel ocupaba á Trino y las demas plazas que le estaban destinadas, y derrotaba un ejército numeroso, á sueldo del duque de Nevers. Luis XIII, apenas se hubo apoderado de la Rochela, pasó los Alpes en persona con Richelieu, á tiempo que el duque de Nevers y los Venecianos invadian el Milanesado, y Carlos Manuel fué derrotado en Susa.

Poseyendo ya este último las tierras de que hablaba el pacto con los Españoles, vaciló su fe, y prestó oído á las proposiciones de Richelieu, el cual combinó entre él, Venecia y